

**arrabal**

**N**O sé si pasará mucho tiempo antes de que una obra de Fernando Arrabal salte a nuestros escenarios. Quizá no sea largo el plazo. O quizá sí. Lo que, sin embargo, parece claro es que Arrabal ha comenzado ya a «ser autor español», a «tenérselo en cuenta», a aproximarse.

Arrabal, nacido en Melilla, residente en Madrid durante una etapa, emigrante literario a París más tarde, escritor traducido a varios idiomas en la actualidad, y fundador del movimiento llamado Teatro Pánico, accede ahora, gracias a la letra impresa, a su primer público español. Es, todavía, un público inarticulado, formado de lectores individuales, donde, sin embargo, puede ir cimentándose una presión y una exigencia que un día traigan a Arrabal a uno de nuestros teatros. La actual disposición del Teatro Nacional de Cámara y Ensayo parece el boquete por donde Fernando Arrabal, joven autor español un día «teatralmente» expulsado de España, vuelva a nuestros escenarios.

Porque es el caso que de «vuelta» hay que hablar, si nos atenemos a los datos escueto. Arrabal estrenó, en efecto, en Madrid. Presentó «Los hombres del triciclo», en una de las sesiones de Josefina Sánchez Pedreño, hace ya varios años. Las protestas fueron apabullantes y muchos de los críticos mostraron las deformaciones de su preceptiva naturalista. Como lo que hacía Arrabal era «otra cosa», a pesar de que los Beckett y los Ionesco habían estrenado ya sus primeras obras en Francia, a Arrabal se le atacó y se le cerraron todas las posibilidades de que volviera a estrenar.

No es ya que su teatro se aceptara o rechazara en mayor o menor grado, que se viera en el esto o lo otro; simplemente, se hizo un chiste feroz —nuestro chiste de siempre— y se le marginó.

Arrabal, en lugar de amedrentarse y dejar el teatro, o de ponerse a escribir cosas que no le importaban, lo que hizo fue sacar un billete para París. Y allí seguir escribiendo lo que a él le gustaba.

Sus obras fueron abriendo camino. Sumergidas dentro de esa ancha e inconcreta zona que se llama la Vanguardia, alcanzaron ediciones cada vez más extensas, compañías e idiomas cada vez más lejanos. Arrabal se nos fue haciendo, beneficiado por la expansión de los fenómenos parisinos, un autor más y más internacional.

Pero, por curioso que parezca, lo cierto es que Arrabal seguía sin cruzar nuestra frontera. Un núcleo muy reducido lo recordaba. Y sabía que el dramaturgo andaba barajando humores de oscuras resonancias celtibéricas. Pero, incluso, nuestra «gran minoría» ignoraba totalmente a Fernando Arrabal.

Luego, empezó a hablarse de él. Se supo que existía y que era un autor extravagante. Que estaba fuera de las líneas de combate de la moderna dramaturgia española; al menos, fuera de las líneas esquemáticas, según las cuales una dramaturgia realista intenta oponerse a una dramaturgia embaucadora. Arrabal parecía montado sobre otras circunstancias, sobre otros estimulantes y contrariedades. Operaba sobre supuestos y sustancias sociales que no respondían a las ordenaciones que aquí nos habíamos hecho de la circunstancia española. El «desprestigio» y la calificación reaccionaria que un día proyectó sobre la Vanguardia el más sistemático y dudoso de los «realismos», acrecentaba su lejanía: a Arrabal no iban a traerle ni los conservadores ni los progresistas, ni los embaucadores ni los realistas. Era demasiado para los primeros, y demasiado poco para los segundos.

El proceso se fallaba sin audiencia pública. Sin conocer los textos. Entre telones y a través de referencias de segunda mano. El hecho era, en suma, una calamidad.

Ahora, como decía antes, las cosas han comenzado a cambiar. Después de la publicación de una de sus obras —«Oración»— en «Primer Acto», «Yorick», la otra y más reciente publicación teatral española, incluyó el texto íntegro de «Los hombres del triciclo». Casi simultáneamente, salía al mercado un volumen con otros tres títulos —«Ciugrenas», «Los dos verdugos» y «El cementerio de automóviles»—, al tiempo que la revista «Índice» anunciaba su propósito de consagrar un número a Arrabal y su Teatro Pánico.

He aquí, pues, que Arrabal ha vuelto. Como era de suponer, no ha sido el viejo público quien le ha traído. La curiosidad de nuestros espectadores tradicionales tiene unos límites infranqueables, y, al menos hasta ahora, cuanto signifique ruptura de cualquier tipo —con independencia de su última significación social e ideológica— es celosamente repudiado. A Arrabal le han traído sectores que podemos calificar de jóvenes, sectores que no se interesan gran cosa por la mayor parte de los títulos seleccionados por nuestros empresarios.

Arrabal llega a España por el camino de su minoría.

Los textos están o empiezan a estar a disposición de quien quiera leerlos. Más allá de cualquier imagen de extravagancia o audacia anecdótica, Arrabal es un dramaturgo de quien poder hablar por sus obras.

Dentro de algún tiempo, cuando éstas hayan empezado a estrenarse, será el momento de plantearse otro tipo de análisis. Ahora basta con dar la bienvenida a los textos impresos del autor y desear que éstos suban pronto a nuestros escenarios.

JOSE MONLEON



**El regalo que "ella" espera...**



LOCION  
**Stingari**  
de perfume  
fresco y  
agradable,  
complemento  
indispensable  
de  
la feminidad.



LOCION  
**Stingari**

Invisible Seducción  
Femenina.

SEGURA · BARCELONA